

Sobre *Tierra de cementerio* de Mario Escobar Velásquez

Luisa Cecilia Flórez Ruiz

Transcurren los episodios de esta novela en un pueblo del viejo Caldas.

En ella se relata la experiencia de un joven maestro de escuela que sueña con “saber cosas más altas y enseñarlas: no primeras letras. Lo que yo quisiera es parecido a esto: una biblioteca enorme, y yo en ella con mucho tiempo”. Sueño que efectivamente se cumplió en el mismo autor: maestro, pero de cosas más altas, maestro de la más importante de las artes, de las letras, de las que dicen del tiempo de los hombres, de su entorno, de su forma de percibir el mundo; y tuvo también su biblioteca, donde pasó gran parte del tiempo.

En el capítulo segundo de la novela se encuentra el lector con una disertación muy interesante sobre la juventud, esa que solemos añorar todos cuando empieza a alejarse por el camino del tiempo; con ella recordé a Sartre y con don Cleo, uno de los personajes,

sentí la voz de la sabiduría diciendo: “...Cuando tiene a la juventud uno no la merece: ni siquiera la entiende. Es raro pero se la sabe únicamente al perderla... Pero el verdadero valor de las cosas se tasa cuando se pierden, no en su disfrute”.

Con *Tierra de cementerio* (Medellín, Thule Editores, 1995) estamos frente a una novela enmarcada en los finales de la década de 1940, en la que se muestra la forma como la violencia política de esos tiempos afectó la vida de tantas personas. Justicia, iglesia, todos los poderes pintados con el color de los partidos políticos.

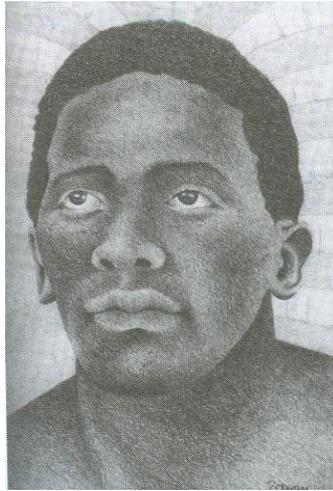


Y en el manejo de varios dramas humanos (Gloria, Leonidas, Aura, doña Carmen y el suyo propio, entre otros) el autor nos va diciendo de sentimientos y situaciones vitales como el amor, la búsqueda ávida del placer o la amistad cómplice.

Se siente además, en el recorrido sin frenos de estas páginas, el ritmo de la poesía, como cuando dice:

“Sentí muy apagado el pito de un policía en la plaza. El cabo tiró de una cadenita y de un bolsillo de su camisa salió un pito. Lo sopló con una maestría lenta, y me pareció oír lejano, por un río de tierras bajas y cálidas a un vaporcito de paletas que iba corriendo arriba, empeñoso. Me gustó ese silbo”. O cuando, al referirse a Gloria, nos cuenta la tristeza: “Para los otros domingos no exultaba ya: estaba triste sin que me cupieran dudas, otra vez. Yo a la tristeza la conocía. Me acompañaba desde muchacho. Tristeza he tragado, demasiada, para no reconocerla en los estragos que causa. Y yo veía la enormidad de la tristeza de la ojiverde. A mí, entonces, me dolía. Me dolía por ella. Por todos los tristes. Por mí, me entristecía con ella en consonancia de versos pareados”.

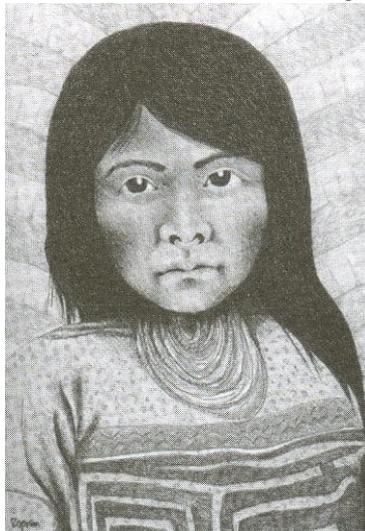
Tampoco es posible dejar pasar, de entre las muchas frases poéticas de la novela, ésta que nos habla del pasado, ese que tenemos todos y que duele, suele doler muy profundo: “A veces recuerdo todo eso, años y años pasados ya. Me parecen cosas



más de novela que de la vida, y entonces ahondo en esos años y encuentro allí todo fresco y permanecido...”

Mario Escobar describe en estas páginas gentes y calles cubiertas por noches desoladas, noches de puertas y ventanas cerradas por la fuerza de la

violencia. De un limpio bagaje de palabras va emergiendo un momento de la historia política de Colombia, aprovechando como espacio narrativo un pueblo en el que sitúa a sus personajes, los mejores representantes de la identidad del país: un cura con doble moral; una mujer soltera en embarazo rodeada por el típico escándalo; un jefe de policía manejador del poder según sus propios intereses; una casa de prostitución con una dueña vieja, fea y triste, donde trabajan prostitutas ocasionales, descritas por el autor así: “Siempre había una nueva, ninguna hacía carnes viejas y se le veía



la cara de poquita cosa, y se le notaban los dientes cariados. Cargaba unas téticas desfallecidas y trajinadas y se usaba una piel granulosa. No incitaba, gris como las despedidas”; en este cuadro de personajes tampoco podían faltar la chismosa que no inventaba, pero que muy bien comunicaba; las niñas buenas y casaderas; las damas que conformaban los

grupos al servicio de la iglesia; dos maestros tristes como las noches del pueblo y una mujer hermosa, de ojos verdes, que llegó, causó revuelo en las vidas de muchos, especialmente en el corazón de uno de los maestros, y luego, para no empezar a envejecer como cualquier prostituta, simplemente buscó su muerte, enalteciéndose a través de ella, yéndose dignamente, cubierta, a pesar del cura, con tierra bendita del cementerio.

No hay que dejar de mencionar a un personaje que sin duda impacta, como doña Carmen; su destino duele y es la muestra clara de la ingratitud de los hombres, de la ingratitud de un pueblo: esa vejez en soledad, esa muerte solitaria y ese ver pasar el tiempo: “El tiempo también ofende a las cosas, eso es lo que quería establecer. Hasta la pared fue el tiempo por el cuadro para, con dedos de días, marcarlo de años. Un día y otro día: seguidos. Así pasan. De a uno, pero siempre.” Ese es el tiempo de todo lo que habita sobre la tierra, de los hombres, los animales, los objetos y también el de los sueños, el que los enmohece, los carcome y a veces los arrebató para siempre, los sepulta sin su dueño. Entonces es cuando se sigue viviendo, dolorosamente, sin ellos.

El manejo de las palabras es algo que caracteriza muy especialmente a este escritor, ya que pocos lo saben y más pocos aún se

atreven a hacerlo; él, en cambio, lo ha asumido como parte de su estilo, no sólo en esta novela sino en toda su obra. Es fascinante cuando va diciendo por ejemplo que “las cosas empolvecen”; esa verbalización del sustantivo le da vida, dialéctica, a nuestro idioma, es la posibilidad de decir más con las mismas palabras. Con su estilo nos está diciendo que el idioma es para explorarlo, para conocerlo, para manejarlo, no para aquietarnos con él. Mario Escobar presenta con su estilo la posibilidad dialéctica de la lengua castellana, la versatilidad que nuestras palabras se merecen.

Por último, aunque no soy especialista en el significado de los colores, algo me dice que esta novela tiene por color el amarillo, como el vestido de la ojiverde, como la tristeza del maestro y como las despedidas, esas que, la intuición nos dice, son para siempre, así como el sentimiento que queda en el alma después de leer la novela. Ese es su color, el que recuerda la tierra de los funerales, en especial cuando hay invierno.

El maestro escritor decía que no había llegado a ser nadie, que había defraudado a muchos y a él mismo; yo no sé entonces qué esperaban y qué esperaba él, porque creo que con su obra ya ha erigido un mundo, no sobre la arena resbaladiza, sino sobre las palabras, esas que, con el arte del cojo Hefesto, entrelazó con firmeza para perdurar, para no morir, para seguir hablando después de la muerte.

**Luisa Cecilia Flórez Ruiz. Abogada y escritora. Perteneció durante varios años al Taller de Escritores de Mario Escobar Velásquez. Un cuento suyo fue incluido en la Antología comentada de la literatura antioqueña de Mario Escobar Velásquez, cuya segunda edición será próximamente publicada por la Editorial Universidad de Antioquia.*